



El papel del docente en la transmisión, andamiaje del conocimiento

Autora: Alma Claudia Hernández Lembrino
Jardín de Niños Federico Froebel C.C.T. 15PJN0982E
Chimalhuacán
06 de enero de 2023



Introducción

Estamos viviendo una época difícil, en donde fortalecer el conocimiento en los niños, niñas o adolescentes es complicado, especialmente porque estamos pasando una pandemia que descontrola vidas completas, estabilidad emocional, sentimental y económica, en donde los padres han dado prioridad a la economía, sacando a varios jóvenes o niñ@s de la escuela debido a una baja economía que afecta desde hace ya casi tres años.

Es por esto mismo que nos preguntamos cómo docentes, ¿Cómo podemos fortalecer los conocimientos en los niñ@s? ¿Cuál es la función del docente en la educación de los NNA (niños, niñas y adolescentes), ¿Cómo podemos detonar el interés hacia los conocimientos? Esta lectura evoca problemáticas actuales que, muy probablemente pocos nos ponemos a pensar, pero que realmente figura mucho en nuestra formación, una de estas es que pensamos que la transmisión de conocimientos, inserta preponderadamente en una lógica formal explicativa, no plantea a la enseñanza los retos desde una epistemología que posibilite la aprehensión de la realidad, misma que conlleva a una reconstrucción-construcción del objeto de conocimiento.

De ahí la importancia de vincular la teoría del conocimiento y la enseñanza, ya que la teoría del conocimiento tiene una función muy importante que cumplir en la enseñanza, en la medida en que puede ayudar al docente a colocar sobre la mesa de la discusión los problemas sobre la construcción del conocimiento que se transmite, pero creo que tendríamos que cambiar la palabra transmitir por fortalecer, en los tiempos que estamos viviendo los docentes no son transmisores de conocimiento, esta es una falacia, los docentes somos facilitadores del conocimiento, ya que nuestro papel es conocer sus saberes previos para fortalecerlos y ayudar a ese andamiaje de conocimientos en cada estudiante.

Saber más de un saber acumulado no necesariamente implica saber pensar la realidad en el presente.
Porfirio Moran Oviedo

DESARROLLO

La docencia actual, a pesar de los avances de la investigación educativa y de los programas de formación de profesores de los últimos años, con demasiada frecuencia se ha convertido en una actividad mecánica, improvisada y fría. El profesor ha olvidado, no le interesa o no sabe cómo impartir una docencia que además de informar, forme. El alumno recibe información, acumula teoría, pero no es capaz de usar crítica y pertinentemente dicha teoría, tampoco de pensar por sí mismo y de tomar posición frente a la realidad y al propio conocimiento. El profesor, las más de las veces, asume el papel protagónico y el alumno el de escucha obediente, desapareciendo así la opción primordial del diálogo en el acto de enseñar y aprender.

Esta actitud educativa fomenta pasividad, dependencia y conformismo en el alumno, convirtiéndolo en lo que De Zubiría llama un *pasmado mental*; donde el profesor ignora o pretende ignorar la riqueza y complejidad espiritual del estudiante y en vez de estimular, termina por represar su potencial y energías creativas. Es esta una forma de procesar al estudiante industrialmente, en lugar de ayudarlo a crecer intelectual, emocional y socialmente (1985, p. 109); es decir, el estudiante en esta situación es una persona que cree aprender, porque acumula saberes, emite respuestas, obtiene notas y acredita materias, pero sin comprender *qué* aprende, *cómo* aprende y *para qué* aprende.

Habría que subrayar que la docencia no consiste únicamente en transmitir conocimientos sino en despertar en el alumno el gusto y la alegría por aprender, crear en su alma un vínculo afectivo con los otros que le rodean; desarrollar al individuo desde adentro y entender que no se puede enseñar a las masas y en serie, porque todos son diferentes. La misión de la docencia es la de formar personas conscientes de su mundo y de lo que son capaces de hacer a favor de

ese mundo. La verdadera docencia es aquella que propicia que el alumno se forje la necesidad de aprender por su cuenta y que encuentre en el profesor un guía, un acompañante de travesía para llegar al conocimiento y en el grupo un espacio de encuentro, de intercambio, discusión y confrontación de ideas.

Pues bien, siendo la docencia una de las más antiguas profesiones de ayuda al desarrollo integral del ser humano, es preocupante que hasta el momento actual los docentes, en la mayoría de los casos, no hayan tenido la formación adecuada para el ejercicio cabal de su profesión.

El aprendizaje de conocimientos, de actitudes y de buenas formas de comunicación no están reñidas. Que se hallen disociados hasta ahora en las instituciones educativas no significa que deban permanecer de este modo.

Aquí comienza la renovación de la imagen y el accionar del docente. Su misión es la de proporcionar las situaciones y experiencias que permitan el logro de los conocimientos para el desarrollo académico y el ejercicio profesional, en un ambiente de relación interpersonal que facilite una identidad adecuada, teniendo en cuenta que la mayoría de las dificultades que encontrará en su camino se deben a que en muchas ocasiones está ante la necesidad de *reeducar*, para después *educar*. Al respecto el dramaturgo inglés Bernard Shaw sarcásticamente decía: “mi proceso educativo iba bien, hasta que me lo interrumpió la escuela”. Pienso que a los educadores no nos haría nada mal reflexionar sobre el significado de esta aparente broma.

El cognitivismo y el constructivismo derivados de Bruner (1969) y Piaget (1971) respectivamente, señalan que cada sujeto construye sus conocimientos, a la vez que sus estructuras cognitivas, por lo que el maestro sólo puede enseñar a aprender, a investigar, a cuestionarse y trazar estrategias para descubrir los principios y las leyes que rigen el mundo físico, químico, biológico y social. Esto presupone estudiantes curiosos, ansiosos de saber y capaces de adquirir, con ayuda del maestro, las habilidades necesarias para localizar la información, procesarla, comunicarla y actuar en función de ella, mientras se construyen una

concepción del mundo basada en los adelantos de la ciencia actual, en permanente proceso de elaboración.

Por otro lado, Vigotsky y sus seguidores plantean que es necesario empezar por comprender que, si somos seres genéticamente sociales, la educación precede al desarrollo, a partir de la actividad y la comunicación que el sujeto tiene oportunidad de realizar en las distintas etapas de su vida. Esta multideterminación es recíproca entre las instancias psíquicas: pensamiento, lenguaje, afectos, motivaciones, etc. Se trata de una globalidad del sujeto inmerso en su momento histórico-social y

capaz de trascenderlo en tanto se transforme a sí mismo y pueda incidir en la transformación del mundo.

¿Pero cómo lograr que el docente sea un facilitador y no un transmisor?

En este mismo sentido, habría que establecer una diferencia entre lo que es producto y lo que es producente, aspecto clave en el accionar docente, ya que un conocimiento no es solo algo dado, no es solo producto, sino también una manera de pensar ese producto y por tanto de recrearse como producto o crear a partir de él otro producto.

Por ende, no podemos continuar enfrentando al alumno sólo como un producto acabado; al contrario, se debe promover al desarrollo de habilidades y actividades críticas y creativas para que puedan transformar sus productos en algo abierto a nuevos contenidos: recrear la teoría y no repetir lo que dice un libro o lo que dice un profesor.

Más aún se diría que al alumno hay que enfrentarlo con textos que enseñen formas de construir el pensamiento, que desarrollen y develen lógicas de pensamiento y posibiliten los descubrimientos, antes que, con diversos textos con mucha información, pero que, le indigestan teóricamente en lugar de hacerlo reflexionar y enfrentar la realidad.

CONCLUSIÓN

La docencia debiera convertirse en un proceso creativo a través del cual los sujetos que enseñan y aprenden interactúan con el objeto de conocimiento propio de la disciplina correspondiente y develan su lógica de construcción.

Mediante la transmisión de conocimientos acudimos a un ritual, donde el maestro enseña verdades, sus verdades, su manera de entender las premisas de un saber disciplinario, pero no es capaz con ello de distanciarse del discurso cerrado, que muestra la realidad como una verdad o discurso ya conquistado, lo que implica poco conocimiento y análisis de la realidad y por ende poca reflexión hacia los alumnos y un bajo nivel de aprendizaje y crítica hacia la realidad.

Se enseña a través de productos elaborados, se simplifica a través de manuales, que facilitan el mundo complejo del saber, y recurrimos a la memorización, a la búsqueda del detalle, exceso de datos, la fragmentación y atomización del conocimiento, lo que nos conduce a un estado de enajenación, a una pérdida de rumbo y, lo que es peor, a una pérdida del sentido de la existencia, misma.

Para que el conocimiento sea considerado como un proceso de reconstrucción-construcción es necesario concebirlo como un proceso de reflexión-acción que descifre claves o nudos que permitan la reconstrucción de las condiciones del contexto histórico.

He aquí la responsabilidad de las instituciones educativas en cuanto a qué tipo de formación provocan. Se requiere tener conciencia de que la subjetividad se forma mediante un complejo proceso de lo exterior a través de lo interior y lo interior a través de lo exterior (Vigotsky, 1968, p. 98). Igualmente, debe considerarse una dialéctica individuo-sociedad con determinaciones recíprocas, en la cual el sujeto es artífice de su propio destino.

La concepción constructivista del conocimiento y del aprendizaje, en este sentido, se sustenta en la idea de que la finalidad de la docencia que se realiza en las instituciones educativas es promover los procesos de crecimiento personal del alumno en el marco de la cultura del grupo al que pertenece.

Estos conocimientos no se producirán satisfactoriamente a no ser que se ofrezca una ayuda específica que propicie la participación del alumno en actividades intencionales, planificadas y sistemáticas que logren promover en éste una actividad mental constructiva.

Así la tarea de los docentes ha obviado el uso de las teorías, la adopción de las mismas y su manejo como adormecimiento de la conciencia.

- ¿Cómo hacer uso de las teorías para poder fortalecer y/o formar un ser analista y pensante que sea capaz de vislumbrar su realidad sin adormecer su capacidad de crítica?
- ¿Qué hacer para poder formar seres críticos, analistas capaces de enfrentar a su realidad sin caer solo en una educación bancaria?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

_ BRUNER, J. (1972), *Hacia una teoría de la instrucción*, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana.

— (1963), *El proceso de educación*, México, Editorial Hispano-Americana.
delors, J. (1996), “La educación o la utopía necesaria”, en *La educación encierra un tesoro, Informe para la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI*, México, Ediciones de la UNESCO

COLL, C. (1990), “Un marco de referencia psicológico para la educación escolar: La concepción constructivista del aprendizaje y la enseñanza”, en C. Coll, J. Palacios y A. Marchesi, *Desarrollo psicológico y educación 11*, Madrid, Alianza.

— (1995), *La docencia como actividad profesional*, México, Gernika.

_ PACHECO, T. (1990), “Docencia e investigación. Mitos y retos para una articulación”, México, Foro preparatorio del Congreso Universitario, CESU-UNAM.

_ PIAGET, J. (1971), *Psicología y epistemología*, Barcelona, Ariel.

_ VIGOTSKY, S. L. (1968), *Pensamiento y lenguaje*, La Habana, Editorial Revolucionaria.

_ LA NUEVA ESCUELA MEXICANA, SEP 2022